

# Premio

Género: CRÓNICA  
Autor: David Carrillo

## EL TEMPLO DEL CARMEN: UN CANDIL PARA LA CIUDAD

A ti principalmente, Estrella del Mar

Los padres carmelitas descalzos, cuya vocación es vivir en obsequio de Jesucristo imitando a María, se establecieron en Cuba a finales de 1879. Durante siete años residieron en el antiguo convento de San Agustín con mucha incomodidad, por tener que compartir el edificio con la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales y con varias oficinas militares del batallón de escribientes. Se trasladaron en 1887 al convento de San Felipe Neri, ubicado al cruce de las calles Obrapía y Aguiar y allí desarrollaron durante largos años un fecundo apostolado que, unido a la santidad de la comunidad de frailes y a la ubicación ventajosa y céntrica del inmueble, alcanzaron gran popularidad en la barriada...

Pasó el tiempo, y la ciudad moderna se fue extendiendo con rapidez fuera del perímetro de la vieja Habana. Los nuevos barrios reclamaban atención pastoral, pero las iglesias y conventos estaban aglomeradas en el centro antiguo. Estas razones, y el haberse convertido la zona de San Felipe en un importante centro comercial y bancario, algo perjudicial para la soledad y el silencio que se requiere en los carmelos, fueron las que movieron al obispo diocesano monseñor Pedro González Estrada a ofrecer una porción del campo parroquial a los carmelitas y a erigir canónicamente la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen por decreto firmado el 1ro de diciembre de 1922.

Los padres se dieron a la tarea de buscar el sitio apropiado, y luego de varias gestiones sin éxito, encontraron un terreno en la unión de las calles Neptuno y avenida Menocal, que resultaba idóneo por ser la salida de largas y estrechas calles de la barriada y a la vez, una importante vía de comunicación con otras zonas de la ciudad. Firmados los contratos de compra-venta con sus propietarios, la parcela pasó a manos de la comunidad carmelitana, y el 3 de junio de 1923, en una Misa que se celebró ante un altar improvisado frente a los viejos edificios que allí se encontraban, comenzó a existir la parroquia del Carmen. Pocos días después, y mientras durara la construcción definitiva de la iglesia, se levantó un templo provisional y se adaptó una de las casas para la comunidad religiosa.

El plano arquitectónico, de estilo barroco español del siglo XVII en su fase colonial fue propuesto por la

firma Rafescas y Covarrocas, y premiado por el jurado de un concurso celebrado con este fin y en el cual se presentaron ideas de estilo gótico, mozárabe, bizantino, plateresco, renacimiento italiano, románico y otras. La construcción, cuya primera piedra se colocó el 19 de marzo de 1925, estuvo dirigida por los arquitectos Mata y Sánchez, quienes hicieron pequeñas variaciones al plano original. El resultado fue un edificio con el más acabado gusto que intercala, en un conjunto, más bien sobrio, una gran profusión de grecas, capiteles, repisas y bajos y altos relieves. Presenta dos torres que le confieren majestuosidad, una de 35 metros revestida de losas vidriadas y otra de 60 metros, concebida como un monumento a la Virgen del Carmen. Terminadas las obras, se inauguró solemnemente el templo el 15 de octubre de 1926. Los periódicos de la época, y sobre todo el *Diario de la Marina* publicaron crónicas de estos acontecimientos.

El interior de la Iglesia refleja majestuosidad y elegancia. Dentro de la colección de retablos del siglo XVIII, traídos de San Felipe, todos barrocos, esmaltados en crema (al principio en azul) y decorados en oro bruñido en sus detalles sobresalientes, se destaca el gran retablo frontal, de mayor antigüedad. Instalado por los talleres Novoa, lleva cinco camerinos pequeños donde se han colocado imágenes de santos carmelitas: Teresa, Juan de la Cruz, Magdalena de Paccis, Alberto de Sicilia, y Elías profeta, que cortejan a la Reina del Carmelo, asentada en el gran camerino central.

Las vidrieras de la iglesia, hechas en Madrid por la casa franco-española Maumejean y Hermanos, son preciosas y reflejan pasajes de la vida de Santa Teresa y del profeta Elías, la Reforma Carmelitana, la protección de la Virgen en el Purgatorio, etc. Completan el artístico conjunto las lámparas de bronce dorado, provenientes de los talleres Grande de Madrid, y los mosaicos sevillanos, que representan santos carmelitas, pasajes bíblicos y otros motivos. En el coro alto se localiza el órgano, de fabricación alemana con una magnífica consola y veintidós registros, técnicamente completo para la época.

Consideración aparte merece el capítulo glorioso de la estatua de la Virgen que remata la torre principal. Fabricada en Italia, en los talleres Chizurazzi, por el escultor Guino de Michel, laureado de la Academia



Napolitana, arribó a La Habana en una enorme caja el 23 de enero de 1927, y el 11 de abril fue el día que se escogió para su elevación. Bajo la dirección del ingeniero Serafín Cruz y ante un gran gentío que se congregó para apreciar el espectáculo, comenzó, a las 9 de la mañana el ascenso de la estatua de bronce dorado de nueve toneladas y medio de peso y una altura de siete metros y medio, por el interior de la torre, impulsada por un gran motor. Fue necesario cortar su brazo derecho, pues en la posición en que se encontraba, impedía que la imagen llegara a su lugar. Fueron doce minutos de tensión y sobresalto, hasta que asomó su hermosa corona por el extremo de la torre. Asegurada en su sede definitiva y habiéndosele soldado al instante su brazo, se dio rienda suelta a la emoción. Un espectador dejó para la posteridad, como crónica, estos versos: *Por encima de las nubes ya asoma/ nuestra Madre con rostro sereno/ dos palomas pardas/ la reciben con raudos revuelos/ y una en la corona/ se posa y sus sienes corona de besos/ Siempre el beso primero/ sobre ti deposita el sol naciente/ joven apuesto que levanta el día/ esparcidor de luz y de alegría/ y su beso postrero/ beso de languidez también te envía/ el sol desde occidente.*

A inicios de la década del 50, se contrató al joven pintor madrileño Antonio Martínez Andrés, para decorar al fresco todo el templo con su estilo de fuerza y colorido, propio de la academia española. La imaginería del artista concibió para la cúpula la apoteosis de la Orden del Carmen, en la que se aparecía, como centro de la escena, la Virgen con el Niño y el escapulario, rodeada en semicírculo por miembros representativos de la familia carmelitana, en una variada composición de expresiones y actitudes. Coros de ángeles, al lado opuesto ofrecían equilibrio a la obra. El cuadro partía de la base del abovedado, donde aparecía el paisaje de nuestra tierra, con personas de toda condición, en actitud orante, y ascendía hacia el lucernario donde estaba rematado también con ángeles. El conjunto poseía un contraste de claroscuros tal, que parecía trazar un camino en dirección al cielo, donde el Dios invisible nos

espera. Lamentablemente ésta y otras pinturas han desaparecido en su totalidad por restauraciones realizadas en los techos. Los restantes murales, aunque muy deteriorados, aún dejan entrever la belleza y calidad de la obra, por ejemplo: la escena del calvario, con Jesús crucificado en la pared izquierda del crucero.

Desde la creación de la parroquia, los padres carmelitas desarrollaron una intensa labor, en la que se destaca la catequesis, la dirección espiritual y las publicaciones regulares como “Aromas del Carmelo”, revista de amplia divulgación con temas de espiritualidad, de formación, análisis de temas sociales y crónicas de la vida de la orden. Asimismo contaban con una escuela parroquial que funcionó durante años en los sótanos del edificio, hasta que se inauguró, en octubre de 1958, el Colegio “Carmelo y Praga” para niños y niñas pobres, cuya educación era financiada por la ayuda de los fieles. Las asociaciones parroquiales, por su parte, realizaron una fructífera labor asistencial entre las familias más necesitadas del barrio. Hoy la comunidad, aunque limitada en cuanto a posibilidades, continúa cumpliendo la misión que Jesús encomendó de sembrar su evangelio en nuestro mundo animada por la fuerza de la oración y la esperanza del Reino.

Un templo es un indicador de las pulsaciones de fe y amor de un pueblo, que dedica a su Dios las mejores obras que sus manos son capaces de crear. Los habaneros contamos con este magnífico monumento que se puede contemplar desde varios puntos de la ciudad, para que en medio de la agitación y la cotidianidad, al levantar los ojos a lo alto y descubrir a Jesús en los brazos de esta Virgen colosal, llamada por muchos “la Virgen de La Habana”, una plegaria brote del corazón a quien sin duda estará siempre con nosotros.     Ω

#### NOTAS:

1. Para realizar este trabajo fueron consultados varios números de la revista “Aromas del Carmelo”, principalmente de los años 1927, 1950 y 1958.
2. Agradezco la colaboración de los padres carmelitas descalzos de la parroquia del Carmen, de Silvia Fresneda, de Aleida Vega y de la familia Lee-Estévez.